

Viviana Rivero

*Y ellos
se fueron*



booket

Viviana Rivero

Y ellos se fueron

Un imperio bodeguero

Un amor prohibido

Una mujer extraordinaria

Capítulo 1

Para atajar el mal que produce la filoxera se pensó en sulfatar las plantas atacadas, se recurrió al agua de cal, se inventaron otros remedios; pero todo ello no sirvió de nada, porque una sola planta atacada por la filoxera arruina toda una viña. Después, de una viña se extiende a las viñas más próximas y de éstas a otras.

SAN JUAN BOSCO

ESPAÑA, PUEBLO DE ALGARROBO, 1906

Isabel Ayala

Isabel nunca olvidaría esa noche, esa cena, ni ese comedor. Por años la imagen de lo que estaba por acontecer la acompañaría. No podía saber entonces que esa velada iba a decidir su futuro.

Atardecía cuando, alzándose la larga falda con la mano, subió los escalones y entró en la casa con una sonrisa. Lo vivido instantes antes todavía le alegraba el pecho y le hacía olvidar las penurias. Su figura delgada y los cabellos rojizos, largos y enrulados se iluminaron con la luz de la lámpara recién encendida.

Los besos prohibidos de Antonio aún le quemaban la boca y el corazón. Imaginar sus ojos claros y recordar las promesas que le repetía cada tarde en sus encuentros bastaba para acelerarle el pulso. Se dio cuenta de que por unas horas se había olvidado hasta del hambre que le roía las entrañas y que hacía ya unos meses comenzaba a acostumbrarse como a un fiel compañero.

Saludó y se acomodó en la mesa junto a su padre, sus hermanos Pablo y Fernando, y la abuela Lala. Observó a todos de reojo. Esperaba una queja por el retraso, pero en seguida notó sus miradas lejanas, fijas

en el plato vacío, absortas en sus propios mundos, con la expresión de estar a punto de cometer un acto vergonzoso. Los ojos marrones de los muchachos parecían haber perdido vida. Su madre, doña Teresa, fue la última en sentarse. Lo hizo con el trozo de pan en las manos que partió con cuidado, como lo hacía cada noche. Sólo que esta vez tuvo que hacerlo con más delicadeza que nunca: la rodaja que le tocaría a cada uno era extremadamente delgada. Las repartió junto con media papa en cada plato. Luego, con remilgo, tomó la aceitera de fino cristal —comprada en Madrid por su marido años atrás—, que junto al mantel de lino bordado y los platos de porcelana parecían desentonar con la escena que tenía lugar en ese momento. Entonces derramó aceite de oliva hasta empapar el pequeño trozo de pan y la media papa de cada plato, y dijo:

—Ésta es nuestra cena de hoy. Es lo último que nos queda. La harina se acabó, las papas también... y todo lo demás. —Habla con entereza adiestrada y compostura de madre. Añadió: —Sólo queda aceite del olivar y mucho.

Pablo, el mayor de los hermanos, al escucharla se levantó con violencia haciendo caer la silla, y con un puño pegó en la mesa:

—¡Padre, hasta cuándo! Si usted no vende el viñedo y las tierras, yo me marchó de aquí mañana mismo. ¡No puede someternos a todos al hambre!

El hombre mayor también se incorporó. Su figura fuerte e imponente se plantó frente al muchacho. Lo miró directo a los ojos y le dijo:

—Vete entonces, porque las tierras no se venderán. No entregaré lo que fue de mis antepasados y tanta riqueza nos dio, por unos pocos centavos a un inescrupuloso. La peste de la filoxera se irá, los viñedos sanarán y la tierra permanecerá.

—Sí, pero usted y yo ya habremos muerto de hambre.

—No moriremos de hambre, mañana conseguiré comida. Mi hermano Pedro nos traerá algo.

—¡Claro, un puñado de lentejas y una bolsa de papas para subsistir unos días más! ¡No, padre, no nos encadene a esto! Los viñedos no servirán nunca más. Es necesario vender la tierra, marcharnos. Si usted no lo hace, será el fin de nuestra familia.

Doña Teresa volvió a hablar:

—Hijo, ¿adónde quieres que vayamos con los céntimos que le darían a tu padre en este momento por las tierras?

—¡A la América... adonde sea que podamos volver a empezar!
¡Si nuestro padre no entra en razón al menos hágalo usted, madre, y convenza a este viejo testarudo! Porque si no, se lo digo de verdad, esta misma semana me iré muy lejos.

Con la última palabra en la boca se dirigió a la puerta, y maltratándola al abrirla salió raudo de la habitación y de la casa.

Lala, la abuela, pareció a punto de decir algo pero desistió; sólo se persignó y en voz muy baja, mirando su ración, hizo su agradecimiento. Los demás comenzaron a comer en silencio. A pesar de la discusión, el interés se mantenía en el magro bocado. Cuando terminaron, todos los ojos estaban puestos en el plato de Pablo cuya porción completa refulgía. Entonces don Ayala, con la voz recia que lo caracterizaba y los ojos oscuros centelleantes, dijo:

—Ya la repartiremos, pero antes diré esto una última vez. No venderemos el viñedo. Plantaremos hortalizas en la punta del terreno que está sano. En menos de un año tendremos alimento y podremos negociarlo para ganar dinero. No moriremos de hambre como vaticina Pablo. —Mirando el dulce rostro de su hija, su duro entrecejo se relajó y entonces añadió: —Y tú, Isabel, ponte contenta, que Paco Reyes ha andado por aquí, y te pide en matrimonio. Puedes sentirte una privilegiada, sabes que los Reyes son los únicos en la región que pudieron vender sus tierras antes de la maldita plaga de filoxera. Dispones de unos días para contestar, aunque me imagino que no dudarás en la respuesta. Él tiene apuro en una boda, porque comenzará su propio emprendimiento bastante lejos de aquí.

Isabel lo miró perpleja y sus largas pestañas se movieron al compás del desconcierto.

—¿Lejos? ¿Dónde? Eso no me lo habías contado —se inquietó doña Teresa.

—América, no sé, ni siquiera él lo sabe. Me ha contado que tienen una parcela en Francia pero que como allá también hay filoxera tiene que pensar qué hará. No obstante, mujer, no te inquietes, ¡cualquier cosa es mejor que esto para tu hija!

Isabel, que aún no había abierto la boca, intentó contradecir a su padre:

—Papá... ni siquiera he hablado con Paco Reyes... tal vez él no sea la única opción —los labios le temblaban.

Su padre la fulminó con la mirada.

—Anda, no seas desagradecida, que todas las muchachas de Algarrobo querrían recibir una propuesta semejante. No hace falta pensar mucho lo que debes responder.

Isabel no atinó a contestar, un golpe de negra premonición la hirió con brutalidad y un rictus de dolor se instaló en su delicado perfil. Lo temido se hacía realidad: los precarios planes que tenían con Antonio iban camino al cadalso. Intentó buscar ayuda en los ojos de su hermano Fernando, él y Pablo eran amigos de Antonio, pero con desesperación comprobó que no la encontraría. Con la mirada perdida, Fernando se hamacaba en sus propios vaivenes emocionales. Los perturbadores acontecimientos de los últimos tiempos no habían permitido que nadie en la familia se percatara de lo serio del idilio entre Isabel y Antonio.

A Isabel se le humedecieron los ojos marrones. La frase dicha por su padre un año atrás, en la verbena de San Sebastián, ante el descubrimiento de la mirada de Antonio cargada de amor por ella, le taladró el cerebro: «Un pobre con otro pobre no son buena compañía». Tuvo que reconocerlo aunque le doliera: ella también era una desheredada. Ellos, los Ayala Cervantes, que tanto habían tenido, ahora eran pobres. Y esta miseria era la que le quitaba la libertad y el amor. Allí, en la pomposa mesa, frente al plato vacío, comprobó la triste verdad: la pobreza no sólo se llevaba la comida y el buen humor de sus padres, sino también las concesiones de las que ella siempre había gozado. Peor aún, la miseria le hurtaba los sueños y los anhelos. Porque los pobres eran pobres de todo. Eran faltos de esperanzas, carentes de pretensiones, huérfanos de grandes sueños. Se daba cuenta de que la situación apremiante no le estaba dejando ninguna elección, aun cuando su cabeza buscara otras alternativas: una rebeldía, una fuga, un giro inesperado de los acontecimientos... Todas se estrellaban contra la cruda realidad.

Don Ayala partió con precisión la porción abandonada por su hijo Pablo. Isabel fijó los ojos en la maniobra. Harta de la pobreza, sintiéndose ultrajada, trató de serenarse con la idea de que tal vez todo podía cambiar... hasta su padre, tal vez el casamiento con un hombre que no amaba nunca sucedería, tal vez... Un fino hilo de esperanza le permitió imaginarse vestida de novia para Antonio.

En la mesa familiar los minutos de cena que siguieron fueron calmos y silenciosos. Envueltos en el sigilo más absoluto terminaron el último bocado y luego cada uno se levantó, buscando escapar de la tirantez del ambiente.

Una hora después, Isabel acudía a la galería ante el llamado de sus padres. Allí le expusieron con detalle y tranquilidad que no había otra opción para ella que aceptar la generosa propuesta de Paco Reyes, que incluía una ayuda económica para toda su familia. Entonces, todas las palabras silenciadas durante la cena salieron a borbotones. De nada sirvieron las súplicas, los argumentos y los gritos de Isabel, que fueron acallados puntualmente por las explicaciones de don Ayala y su esposa, que con el paso de los minutos se iban convirtiendo en irrefutables para sus dieciséis años.

Era la medianoche cuando a Isabel se quedó a solas en la galería. Apenas un indicio delataba lo ocurrido momentos antes: la belleza de su tierno rostro parecía haber madurado en un gesto adusto. Mientras observaba la luna radiante con los ojos anegados, tomó la decisión: le permitiría este triunfo a la miseria, pero nunca más otro. Nunca más volvería a sentir el arrebato de un sueño. El sufrimiento de no poder decidir. El dolor de no tener. El suplicio del NO.

Mirando los amados viñedos bajo la claridad de la luna, una nueva y extraña fuerza nació en el interior de su corazón. Debía estar dispuesta a perder para ganar. A malograr para obtener. A resignar para conseguir.

Sintió una punzada de angustia al imaginar que Antonio Ruiz llevaría su parte de tristeza en esta abdicación y que ella pronto debería decírselo. No sospechaba siquiera los inesperados sucesos que desataría su apresurada renuncia.

Antonio Ruiz

Los ojos claros de Antonio Ruiz observaron el crepúsculo, y los últimos rayos de sol iluminaron su alta e imponente figura. Caminó despacio entre los parrales como un gigante derrotado. La desazón lo torturaba. La frustración por no poder ofrecerle a Isabel otra propuesta que la de fugarse juntos lo mortificaba. Aún resonaban en su cabeza las amargas palabras de ella llenas de llanto:

—Tonio, mis padres quieren que me case con Paco Reyes. Si no hacemos algo pronto te juro que me obligarán.

—Ven conmigo...

—¿Adónde? Algarrobo es pequeño. No tenemos dinero.

—Te amo, Isabel. Pero mi vida es todo lo que tengo para darte —le había dicho, mientras sus besos se mezclaban con las lágrimas.

Pensar en Isabel lo destrozaba. Sus diecinueve años le alcanzaban para tener la certeza de que si ella se casaba con otro, nada para él volvería a ser igual. Se apoyó contra uno de los troncos y no pudo evitar que viniera a su memoria el primer beso que se habían dado hacía más de un año en el arroyo. Latían en sus oídos las conversaciones sobre los planes que pensaban llevar a cabo juntos en los años venideros. Tampoco podía olvidar la expresión de sorpresa en el rostro amado cuando, durante uno de los últimos encuentros, él le había cedido gustoso sus propios alimentos, tan preciosos en épocas de hambre. Ella le había dicho:

—No puedes darme esto, Tonio... es tuyo.

—Sí, puedo. Es lo que me hace feliz.

—Tienes que pensar en ti y no sólo en mí.

—¿Por qué? Algún día serás la madre de mis hijos, por eso te cuido.

Sí, tenían planes juntos y Antonio los suyos propios para progresar, pero el tiempo ya no les alcanzaba. Tenía proyectos ambiciosos de construir las complicadas máquinas que dibujaba día y noche en su carpeta de hojas blancas, pero los acontecimientos corrían más vertiginosos que sus sueños.

Una vez más recordó el cuerpo dulce de Isabel entre sus brazos, y los besos apasionados bajo la copa de los árboles, llenos de promesas. Al hacerlo sintió un mazazo de deseo y dolor que lo tendió en el suelo. Sentado contra una de las plantas, con las manos crispadas, se tocó el cabello rubio. Recogió tierra en su palma y la dejó escapar entre los dedos.

—¡Putra madre!... ¿Por qué no es buena? ¿Por qué no responde?

Era un hecho que la parcela perteneciente a su familia no servía hacía ya tiempo. Su padre y sus antepasados la habían usado por décadas pero la tierra se había agotado y ahora les decía basta. Esto, sumado a la maldita peste que había atacado a los viñedos en la región, destruía todo sueño de que él pudiera construir un futuro en ese lugar. Soñar con la América próspera era agradable pero se necesitaba mucho dinero para llegar hasta allí, y él no lo tenía. Menos aún para marcharse con Isabel.

Se levantó y, herido de muerte por no poder cambiar lo inevitable, caminó rumbo a la casa. Al aparecer frente a sus ojos la sencilla construcción rodeada de álamos, reconoció que ésta ya no ejercía sobre él ninguna atracción; desde la muerte de su madre, dos años atrás, había perdido su vigor y su luz. Ni siquiera el hermoso jardín de rosas, que su padre continuaba cuidando como si ella siguiera viva, conseguía animar la apariencia mustia que presentaba a sus ojos.

El trabajo duro e infructuoso se había llevado lo que le quedaba de salud a su débil madre, y su padre día a día se consumía de pena y culpa por no haber podido remediarlo. La fragilidad de ella, ya manifiesta en el embarazo de Antonio, su único hijo, la acompañó siempre, pero no la hizo declinar su labor en la finca.

La evocación de su madre todavía acompañaba a Antonio cuando el perfume de los rosales que rodeaban la edificación lo envolvió. Abrió despacio la puerta, y las bisagras chirriaron con el familiar sonido. El olor acre del interior le golpeó sus sentidos. La penumbra del atardecer sólo le permitía distinguir indefinidos contornos amarillentos. Aun con la luz escasa alcanzó a identificar la querida figura: su padre, sentado en una silla, tenía la cabeza apoyada en la pequeña mesa. Se acercó y la imagen se le presentó con rotunda nitidez. Un enorme charco negro se extendía sobre la madera y regaba el suelo, y el olor se hizo más penetrante. Era olor a pólvora y a sangre. La pistola de su padre colgaba de una de sus manos.

Intuyendo lo acontecido, un soplo de desesperación y angustia lo derribó; y aspirando la presencia de la muerte, creyó ahogarse en ella. La idea de que en esa tarde todo su mundo amado se había derrumbado lo hizo caer de rodillas, con los ojos apretados y la cabeza entre las manos.

¡Su padre muerto por mano propia... Isabel perdida... la tierra seca...!

Quebrado y sin fuerzas, permaneció impávido durante horas. Y allí, cuando ya todo parecía perdido y la capitulación inminente, una seguridad lo tomó por sorpresa dándole consuelo y haciéndolo sentir culpable al mismo tiempo: ya nada lo ataba a este lugar. El último hilo acababa de cortarse. Ahora sólo necesitaba una oportunidad para largarse de allí y comenzar de nuevo. Y tal vez con su amada Isabel no estuviera todo perdido...

Salió sofocado al jardín buscando una bocanada de aire fresco y la intensa fragancia a rosas reafirmó su esperanza. Sólo varios años

más tarde comprendería que su padre había querido liberarlo de lo último que lo unía a esa tierra empobrecida. Había entregado su vida para permitirle volar. Y es lo que intentaría. Pero necesitaba tiempo para despegar, un tiempo que no tenía.

Paco Reyes

Paco Reyes se puso su mejor traje y se peinó frente al pequeño espejo. Se estudió con detenimiento. Sus ojos negros captaron la imagen de facciones rotundas y armoniosas que desde niño eran su orgullo y que ahora, ya grande, las mujeres halagaban. Pero aun así un pinchazo de insatisfacción lo recorrió de arriba abajo. Se cacheteó diciéndose a sí mismo que era un perfecto desgraciado. No había nadie en muchos kilómetros a la redonda que gozara de sus privilegios, que incluía el de elegir por esposa la muchacha que se le antojara.

Si bien la filoxera había arrasado con los viñedos de Algarrobo y con casi todos los de Málaga, su padre había tenido la buena estrella de venderlos antes de la plaga y a muy buen precio. Esa providencia los convertía a él y a sus tres hermanas en ricos herederos, en medio de los pobres infelices a su alrededor, dueños de tierras que nada valían.

Tomó el agua de Colonia, volcó un poco entre sus manos y se la pasó por el cuello y el mentón recién rasurado. Esa tarde hablaría con don Ayala y con suerte tal vez pudiera tener algún acercamiento con la bonita Isabel. Al fin de cuentas acababa de pedir su mano, y de seguro en breve sería su esposa. Sabía perfectamente que no había manera de resistirse a tan buena propuesta en esos tiempos de hambruna. La chica tenía varios candidatos esperando a que creciera, pero el angustioso escenario desatado en la región tornaba su corta edad en aceptable para una boda, así como también la desahogada situación de Paco dejaba a los demás pretendientes fuera de combate.

Se acordó de cuando, durante la última verbena del pueblo, ella había rechazado suavemente sus invitaciones para bailar, y se sintió satisfecho de cómo habían cambiado las cosas. Pensó que no le preocupaba la edad de la muchacha. Si la miraba con detenimiento, era una mujer hecha y derecha. No le faltaba ni una curva para serlo, se dijo sonriendo. Verla caminar en varias oportunidades le había provocado un delicioso cosquilleo. Para no hablar de los hoyuelos que la ilumina-

ban cuando sonreía. Isabel le gustaba mucho. Claro que no se parecía en nada a la apasionada relación que mantenía con la muchacha que trabajaba en su casa, pero desgraciadamente no todas eran mujeres para fundar una familia. Paco no le tenía miedo al matrimonio, creía que ya le había llegado la hora. La que fuera su esposa sólo debería encargarse de los hijos y de apoyarlo en todo lo que él emprendiera. Su padre lo había instruido sobre el papel que los varones tenían en esta vida. Además llevaba veintiséis años conviviendo con cuatro mujeres, su madre que lo adoraba y sus tres hermanas mayores, lo cual le daba la considerable experiencia para saber que los hombres detentaban el poder y estaban al mando de todo. Las mujeres sólo obedecían y los atendían.

Agradeció al cielo el haber nacido varón, y se observó con deleite una última vez en el espejo de su cuarto. Debía apurarse, sus cavilaciones lo habían demorado y la charla con don Ayala era decisiva para su futuro. No quería llegar tarde.

Salió de la casa llevando en el bolsillo un papel doblado en cuatro, una propaganda de un lugar donde el sol y la tierra eran perfectos para fundar un viñedo: Mendoza, Argentina. El gobierno de ese lejano país lo prometía por escrito. Caminaba rumbo a su cita cuando, al tomar el sendero del viñedo, una vez más las vides le exhibieron las llagas y cicatrices que pronto las matarían. Reconoció con alivio que la providencia había permitido que ya no fueran de su familia. Pero de pronto, al descubrir una planta sana y robusta en medio del desastre, los ojos le brillaron. Con una pena y una ternura extrañas en él para cualquier otro menester, pasó su mano por las hojas. «Casi tan suave como el cuerpo de una mujer», pensó mientras acariciaba su verde debilidad.

Isabel, Paco y Antonio

Entre Paco Reyes y don Ayala hubo sólo dos charlas. Una para la propuesta matrimonial y otra para su aceptación. Ambas se llevaron a cabo en la casa de los Ayala, y a partir de la segunda, la familia de la novia comenzó a recibir con discreción una suma económica. Quedando desde ese momento, el futuro matrimonio convenido, así como también las visitas del novio y la dote de la muchacha, ajustada a un simple ajuar.

Antes del casorio para la pareja sólo hubo unos besos forzados y algunos toscos refriegues furtivos contra la pared del mismo comedor en donde Isabel recibió de su padre la noticia de su casamiento inexorable con Paco Reyes. Los arrumacos, aunque un poco osados, se consintieron en virtud de la posición acaudalada del futuro marido, que le permitía exigir sin disimulo, durante sus visitas, la desaparición de la parentela en el momento oportuno a fin de lograr sus carnales propósitos. ¡Joder, tampoco era cuestión de casarse sin probar bocado del asado que comería cada día de su vida! Pensaba Reyes justificándose de sus atropellos con la joven.

Durante esos encuentros, a Isabel la boca del hombre que en breve sería su marido le parecía dura, y opinaba que esos aprietes, exigencias y manoseos no se parecían en nada a los besos que le había dado Antonio, el hijo de Juan Ruiz, un viñatero doblemente fracasado porque, ya antes de que apareciera la filoxera, su tierra gastada los había dejado pobres como ratas.

Desde niños, Isabel y Tonio siempre se habían elegido para jugar, hacer travesuras y hasta contarse los secretos. Él la defendía de todos, ella lo apañaba en cada cosa. Debido a la proximidad de las viviendas, era común verlos juntos a toda hora. Ya en plena adolescencia, el romance los tomó por sorpresa. A pesar de la corta edad de ambos, había sido desde el principio muy apasionado, y llevaba ya bastante tiempo cuando la filoxera los obligó a ponerle fin en medio de desgarros.

La última vez que se vieron fue poco antes del matrimonio de Isabel con Reyes. Tonio le había rogado que no se casara y que huieran juntos.

Las palabras habían quedado suspendidas bajo los olivares:

—Isa, por Dios, dame tiempo... No te cases... Escapémonos.

—Todo está previsto y acordado. Mi padre ya casi no me deja salir de casa. Teme que algún comentario arruine la boda.

—¿Reyes te ha besado? ¿Te ha acariciado?

Ella no le había respondido. Al comprender el significado del silencio, la había besado con desesperación, casi hasta ahogarla. Una vez más la pasión que venían intentando contener se apoderaba de ellos.

Aun así, Isabel sabía que nada podía frente a los mandatos familiares. Sus dieciséis años y los diecinueve de Tonio, sumados a las terribles penurias económicas, no les alcanzaban para ninguna proeza rebelde. El respeto a sus padres, el hambre que apretaba y su casi ado-

lescencia no le permitieron liberarse de la decisión. En poco tiempo y sin pensarlo mucho, se vio convertida en la señora de Reyes el día mismo en que cumplía diecisiete años.

A menos de un mes de la propuesta original, se celebraba la boda de Isabel Ayala Cervantes y Paco Reyes en la capilla de Santa Ana, bajo la mirada atenta del Cristo nazareno de cabello natural, que estaba allí observando sacramentos, sólo Dios sabía desde cuando.

Pero, poco antes de la boda, la seguridad plena de sus sentimientos llevó a Isabel a tomar una decisión íntima, profunda y sublime sobre algo de lo cual ella era la absoluta dueña. Allí, en la parte alta del viñedo en donde las vides comenzaban a confundirse con los escasos olivares de los Ruiz, adonde no llegaba nadie salvo trabajadores en los meses de recolección, se entregó en cuerpo y alma a Antonio en la última tarde que pasaron juntos. Los ojos azules de Antonio la habían mirado azorados al verla desnuda por primera y única vez. Ella no olvidaría nunca esa mirada, ni tampoco las palabras que él pronunció esa tarde: *Isabel no te cases, no podría vivir sin ti. Te juro por mi vida que jamás podré olvidarte. Y si te marchas, te voy a buscar hasta el confín de la tierra; o donde sea que estés.* En los años venideros, Isabel, no sólo las recordaría por lo conmovedoras, si no también por lo premonitorias.

Tan profundo había sido el encuentro y tan insondable el sentimiento que, cuando esa última tarde se despidieron con los labios lastimados de tanto beso, las piernas temblando de tanta pasión y el corazón hecho un nudo por el cúmulo de dulces descubrimientos, Isabel bajó al río a lavarse los rastros de sangre entre sus piernas pero también las lágrimas del amor contrariado que no cesaban.

Y fue por culpa de ese mismo frenesí vivido en el viñedo que, cuando pasó su noche de bodas en la parte alta de la casona de la familia Reyes, Paco algo intuyó en el mal disimulado desgano de su mujer. La sangre de paloma que ella había llevado escondida en un frasco, y que extendió sobre la sábana nupcial mientras su marido se preparaba para entrar en la penumbra del dormitorio, no había alcanzado a engañarlo por completo. Era evidente que su mujer había conocido alguna pasión antes que la suya, porque aún en su desconocimiento se percataba que ella añoraba algo que en su cama no sucedía.

Para Paco no era difícil sacar estas conclusiones. A la astucia que le daban los once años que le llevaba a Isabel, se le sumaba la experiencia

de él con otras mujeres y algún comentario mordaz, de un malintencionado entrado en copas en una noche de juerga compartida en la taberna del pueblo vecino. De todas maneras, aunque no conocía la identidad del pretendiente desbancado poco le importaba conocerla. Ese mes partirían para América, donde tenía pensado comenzar con la explotación de un viñedo.

La vida no era sencilla para nadie, ni siquiera para él. Ya que si se trataba de elegir a quien realmente se le daba la gana, en primera línea habría estado Ana, la joven voluptuosa y callada que trabajaba en la casa de sus padres, a la que le contaba sus planes y sus cuitas tras hacerle el amor en la casilla sobre la colina donde la muchacha vivía con su madre. La vieja salía de paseo por las lomas fingiendo ignorancia, y así ayudaba a su hija a obtener algunos beneficios para ambas, que no por ser humildes eran menores: pan fresco, mermelada, queso y con suerte algún fiambre, auténticos lujos dada la época de hambruna.

Pero Reyes pensaba que llevar adelante un viñedo y construir una bodega eran cosa seria, y nadie mejor que una igual para hacerlo. Isabel, como él, se había criado viendo a su familia desenvolverse en el arte del vino, y los antepasados de ambos se habían dedicado a esta actividad por generaciones.

En cierta oportunidad, por motivos de negocios, Paco había tenido que visitar la bodega de los Ayala y allí había observado a la chica moverse de manera entendida entre las cubas, dando órdenes, clasificando uvas y catando. Esa imagen no se le olvidaría más y había sido decisiva a la hora de hacer la propuesta matrimonial: la muchacha le había causado admiración.

Además le parecía bonita, fuerte y alegre. Siempre que la cruzaba la encontraba cantarina y dulce, cualidades que él necesitaba en su mujer para comenzar la nueva vida en América. Porque aquí, en España, para los viñateros la buena vida se había ido con la filoxera.

En los últimos tiempos, a Paco no había final del día que no lo encontrara deleitándose en el pensamiento de su buena estrella por partir al nuevo mundo con dinero en el bolsillo. Como le ocurría esa misma noche, en su primera semana de matrimonio, mientras descansaba tendido en la cama junto a su esposa después de poner todo su empeño en embarazarla. Quería engendrar pronto una larga prole, tarea que no le demandaba ningún sacrificio ya que disfrutaba de ser el dueño de ese cuerpo de mujer bien proporcionado, esa piel

blanca y esos cabellos del color de las cerezas, que lo hacían sentir orgulloso y, al mismo tiempo, tranquilo: con semejantes antecedentes, sus hijos serían hermosos, pues saldrían como ella o como él, lo que consideraba mejor aún para perpetuar su linaje.

La abuela Lala

La anciana Lala miró de reojo a doña Teresa y le hizo una seña. Al percatarse, ésta se levantó del sillón donde estaba terminando de bordar la última sábana para el ajuar de su hija Isabel, y ordenó:

—Niña, vete ya a tu casa, que si no tendremos a tu marido buscándote por aquí como ayer.

La joven hizo una mueca de disgusto y su madre se dirigió al cuarto en busca del envoltorio con ropas blancas, que esa noche Isabel pondría en el baúl que llevaría en su viaje rumbo a América.

La muchacha se arrodilló hasta quedar a la altura de las manos de su abuela que se mecía en el sillón.

—Lalita, déme su bendición.

—¡Ay, Isabel! Mira qué niñadas tienes, ya eres mujer casada y vienes cada tarde para la bendición del crepúsculo.

—También vengo porque la quiero y me gusta pasar tiempo con usted.

—Vienes porque tu marido te deja. Aunque no sé por cuánto tiempo, ya lo he escuchado quejarse que siempre andas volviendo a la casa de tus padres.

—¡Pues que ese hombre no se queje tanto, que todos mis deberes matrimoniales los cumplo y muy bien!

Lala sacudió la cabeza. Pensaba que la juventud y el alborozo de su nieta, en ese mundo de hombres, la ponían en peligro.

—Acércate, niña, que de veras necesitas la bendición, y Dios me va usar hoy para darte lo que Él guarda para ti en su corazón. —Y extendiendo sus manos agregó: —Que Dios te bendiga y te proteja, te haga sabia para disfrutar lo que tienes, amada para no sufrir soledad, y alegre para encontrar sal en lo que te toque vivir.

Mientras su abuela hablaba, Isabel cerró los ojos e inclinó la cabeza para recibir esa dádiva intangible pero preciosa para ella. Cuando la anciana terminó, ella la miró y le dijo:

—Prepárese, abuela, y piense qué bendición especial me va a dar antes del viaje, porque sólo me queda una semana y me voy para la América... Eso si no me muero antes de tristeza por tener que dejar mi pueblo querido.

—Calla, niña, que no morirás de tristeza, como tampoco hemos muerto de hambre. Se necesita mucho más que eso para acabar con una *sangrepañola*.

Isabel sonrió, le gustaba oír las extrañas palabras que usaba su abuela cuando explicaba sentimientos profundos. Nunca estaba segura de si eran del castellano antiguo o las inventaba ella sola.

—¡Pero, abuela, no es fácil seguir al marido cuando se quiere ir tan lejos! ¡Ésta es mi tierra! —dijo, cuidándose muy bien de no nombrar otros dolores más íntimos y sentimentales.

Lala la miró con resignación, como a punto de dar una lección que prefería haberse ahorrado.

—Escúchame, pequeña, y pon atención: la tierra a la que vas te dará cobijo, así que ámala desde el primer día, bésala cuando llegues y ella te amará a ti. Recuerda siempre que si España no te ha dado algo, es porque no ha podido —dijo, mientras acariciaba el rostro de la muchacha, y agregó—: No sufras añorando, no vale la pena, sino más bien une lo que allí te espera con lo que de aquí llevas: mezcla tus pensamientos, tus comidas, tus costumbres con los que allí encuentres. No tengas miedo a convertirte en una *sangrentina* porque sólo es una capa de amor que podrás agregar a la de ser una *sangrepañola*. Como las cáscaras de la cebolla: una sobre otra —terminó con los ojos húmedos.

—Abuela, no me dé tanto consejo que iremos a la Argentina y juntaremos dinero para poder volver. ¿Acaso no es lo mejor?

—Quiera Dios, y quiero yo, que vuelvas, pero si pasa el tiempo y cuando puedas regresar ya no quieres hacerlo es porque has ligado tu sangre a la de la tierra. Entonces no te asustes, que a veces es mejor eso que no ser ni de aquí ni de allá. No por eso dejarás de amar esta tierra, ella siempre te acompañará desde adentro de tu alma.

—No, abuela. Nosotros volveremos.

—Dios te escuche, hijita. Ahora ven aquí que te quiero abrazar porque ya estoy vieja y sospecho que sólo nos reuniremos en el paraíso.

—¡No diga eso, Lalita! Usted no se va a morir.

—Los años pasan, y esa Argentina está muy lejos. Pero no te pre-

ocupes que a mi edad hay cosas peores que la propia muerte, como la pelea entre los hijos o el hambre de los nietos.

—¡Abuela!

—¡Chist! —dijo poniéndose el dedo índice en los labios—: Acércate, pequeña... acércate que te daré algo.

Con trabajo comenzó a quitarse la cadena de oro con una medalla que descansaba entre las puntillas del cuello alto de su vestido.

—Toma, esto es para ti, Isabel. Cuídala, porque para mí es el recordatorio de lo que he conseguido en esta vida. Cuando nos casamos, tu abuelo hizo hacer dos idénticas para cada uno de nosotros. Él se la llevó puesta cuando partió a la presencia del Altísimo.

Ella conocía la historia; su abuela, viuda hacía ya años, en su juventud se había casado con su primo hermano en medio del desacuerdo familiar, que no había podido frenar la decisión. Isabel pensó que Lala había sido afortunada de poder elegir con quién casarse, y con delicadeza tomó la joya de entre sus manos.

—Pero, Lalita, sólo dice «QUIERO» —siempre había creído que esa medalla tenía la imagen del santo de su abuela.

—Así es, hija, no le falta nada. Tu abuelo, cuando me la dio, me dijo que me tomara de ella y pensara en la palabra que lleva escrita y soñara en voz alta diciendo «quiero una casa», «quiero un viñedo grande», «quiero un hijo». Porque todo lo que conseguimos en este mundo, primero nace en el corazón. Son nuestros deseos, que luego se transforman en las cosas que disfrutamos.

Isabel le sonrió, y con reverencia se colgó la alhaja del cuello. Tomó la medalla entre los dedos y mentalmente repasó: «quiero un viñedo, quiero un gran amor, quiero un hijo, quiero... a Antonio a mi lado...»

Dudó, tenía que pensar muy bien los deseos, no fuera que terminara pidiendo uno que no debía.

—Gracias, Lalita.

—Ve con Dios, hija mía, y aprende a soñar que es lo mejor que te puede suceder —le alcanzó a decir, mientras la madre de Isabel se acercaba llevando en las manos una caja con la fina vajilla azul heredada de su propia abuela y una enorme pila de ropa blanca, todo para el viaje a América.

La despedida

Antonio Ruiz golpeó con el puño la mesa de la cocina de su casa. Era el mediodía y no había probado bocado en veinticuatro horas, pero no experimentaba el más mínimo vestigio de hambre. ¿Cómo hacerlo si sentía que, dentro de él, dos guerreros peleaban un duelo a muerte? Uno le exigía no humillarse bajando a ver la comitiva y los carros que en minutos pasarían por el camino, en los que irían Isabel, su marido, y todas sus pertenencias. El otro le rogaba ver el rostro de Isabel una última vez, antes de que ella partiera para siempre a América.

El combate interior lo estaba matando, no había dormido en toda la noche y ahora, con los minutos contados para tomar la decisión, creía volverse loco. Destemplado, se pasó la mano por el pelo rubio. ¿Por qué maldición seguía amándola si ella se había casado con otro? ¿Acaso todavía quedaba algún futuro para ellos? Un grito salió de su boca:

—¡Maldita Isabel! —y volvió a pegar con fuerza en la mesa.

Pero un deseo irrefrenable de ver de nuevo los dulces ojos marrones y el pelo rojo lo levantó de la silla. Quería observarla, necesitaba saber si todavía pensaba en él, aun a costa de zaherirse. Salió de la casa dando un portazo y con violencia comenzó a caminar por la última cuesta de la salida del pueblo.

A Isabel, cargar sus cosas en el carro de transporte y despedirse de sus seres queridos sin saber si volvería al lugar donde había nacido y crecido le parecía una pesadilla. Estaba sentada en el coche alquilado que los llevaría hasta el puerto de Málaga y sentía un malestar agudo que la embargaba de pies a cabeza, como si estuviera afiebrada. Ansiosa, se refregaba la mano contra la falda del vestidito celeste y se preguntaba cómo podía haberse metido en semejante lío. ¿Por qué había aceptado irse? A los tantos vacíos que el viaje le traería se le sumaba que nunca más vería a Antonio. Porque, con marido y todo, ella seguía añorándolo. No lo había vuelto a cruzar desde la vez en que se habían amado en los olivares. Y ahora todo se acababa. Su vida en Algarrobo, la única que conocía, se borraba de un plumazo.

Los pasajeros y los baúles se movían al compás de los caballos del carro. El grupo que caminaba junto a los coches avanzaba lentamen-

te. Habían querido acompañarlos hasta la entrada del pueblo, desde allí seguirían solos Isabel y su marido. Algunos, como su madre y la de Paco, lloraban sin consuelo. El único medido era el propio Paco, que miraba impertérrito el paisaje a su alrededor, como si estuviera cumpliendo con un trámite.

A Isabel, la posibilidad de que esa vista del pueblo y la montaña le fuera vedada por quién sabe cuánto tiempo le volvía imprescindible grabar cada paraje, cada casa, cada planta del camino. Lo mismo le pasaba con los rostros que se asomaban a su paso buscando despedirse con una mirada y con el gran grupo de gente cercana que los seguía, del cual no deseaba separarse ni dejar de contemplarlos.

Llevaba media hora de calvario, y al darse cuenta de que estaba en el punto más próximo a la casa de Antonio terminó de trastornarse. Conocía perfectamente cada árbol y cada piedra de esa zona, había jugado allí desde niña. Desvió su mirada a los arbustos de la parte alta y allí, entre el verde, lo vio. Los ojos claros buscando meterse en los de ella.

Unos segundos sin palabras, en los que sólo ellos se percataron del encuentro y el mundo se les partía en dos. Isabel deseaba bajarse y Antonio gritar. Isa quería correr y Antonio llevársela. Isa anhelaba... Antonio quería... Ellos ansiaban... pretendían... demandaban.

La comitiva se alejaba. Isa lloraba, Antonio también.

Instantes después el universo físico seguía igual de estático, pero el interior de ambos había sido arrasado por un vendaval. Tonio había encontrado en los ojos de Isa la confirmación de que por siempre habría amor en ella para él. A Isabel, ver los ojos claros de Ruiz, le dio la certeza de que él nunca se daría por vencido.

Ninguno de los dos, ahora deshechos, acertaba a asegurar si lo que acababan de descubrir era bueno o malo.